

ARTE Y NEUROSIS

LUIS RACIONERO

En el Museo del Prado, cruzando la rotonda del segundo piso, en pocos metros, se atraviesan dos universos mentales desconcertantemente separados por años luz de distancia: El Bosco y Fra Angélico. ¿Cómo es posible que en pocos años la serenidad del rosa y azul místicos del florentino se transformen en el torturado desmadre de fuego y agua que es Hieronimus Bosch? ¿Es que El Bosco estaba neurótico y el Angélico era tímido?, o es quizá que están expresando dos culturas divergentes; ¿el Angélico aún en el canon medieval y Bosch profetizando ya la fáustica cultura industrial? Esta pregunta plantea uno de los problemas más debatidos del arte moderno: las relaciones entre la obra artística y las neurosis personales del creador.

Freud vaciló toda su vida entre dos interpretaciones del hecho artístico: considerarlo como sublimación o como liberación. Al final se impuso la interpretación pesimista, según la cual el arte sería una gratificación sustitutiva, ilusión en contraste con la realidad. En esta visión sublimatoria, el arte es un opio de los pueblos, escape a un mundo irreal de fantasía, indistinguible de una neurosis. Pese a que buena parte del arte moderno confirma demasiado bien esta teoría, el propio Freud y muchos otros han vacilado ante tal reduccionismo. De hecho, el mismo Freud, en "Humor y subconsciente", parece comprender que el arte es mucho más que reflejo de las neurosis de los autores. En el choque entre el principio del placer y el principio de realidad, las alternativas son renunciar a los instintos, doblegándose a la realidad, o cambiar la realidad hacia el placer. En esta segunda opción, la función social del arte sería contradecir el principio de realidad; el mismo Freud veía la potencialidad del arte como guía para recobrar el camino hacia las fuentes perdidas del placer, cegadas por el principio de realidad de una educación represiva. El arte podría ser un método para "recobrar la pérdida risa de la infancia". Como retorno al principio del placer y a la naturalidad de la infancia, el arte necesita ser lúdico para lograr, merced a su juego y a su encanto, fascinar a la razón, que es el cancerbero del principio de realidad, y es-

capar con la mente por los largos laberintos de la imaginación.

Este sentimiento del arte como placer, juego y liberación de instintos, capaz de liberar a la emoción de las ataduras de la razón, es la visión de los artistas subversivos, en lucha contra el grupo autoritario mantenedor de la represión por medio del principio de realidad y de su gendarme, el racionalismo. Los egos personales, formados en el principio de realidad merced a una educación represiva, exigen un gasto constante de energías psíquicas dedicadas a mantener la represión de los deseos instintivos. Es el mito de Zeus y Prometeo, la lucha entre razón y emoción, principio de realidad y de placer, que se reproduce en la psique del hombre actual. Shelley dedicó una de sus mejores obras al mito de Prometeo encadenado, símbolo del artista, "aquel cuyo corazón alado —dice Rilke— bate contra los barrotes de su tiempo; una y otra vez se alza de la masa, no tiene su base en ella, sino que se rige por leyes más amplias; tiene extrañas costumbres y ges-

tos atrevidos: el futuro habla por él. Es el que presiente la posibilidad de nuevos mundos y les da forma sensual". Si esto es cierto, está justificada la resistencia de Freud a reducir el arte a una neurosis. Al final, Freud acabó identificando arte y neurosis porque ambos son un escape de la realidad; pero si Freud hubiera ido un paso más allá en la comparación, como luego se ha hecho, hubiera visto que hay dos maneras distintas de escapar a la realidad: una es la locura, la otra la imaginación. La locura destruye la realidad, reduciéndola a un montón de ruinas caóticas de las que sólo pueden salir ideas no realizables. En cambio, el arte destruye también la realidad, pero reordenando sus ruinas de modo coherente, para construir una nueva realidad hecha de ideas realizables. Las neurosis, como los sueños, son mecanismos compensatorios; expresan represiones subconscientes, son fantasías y sustitutos del placer prohibido, pero no liberan. El arte en cambio es un mecanismo liberatorio porque reordena esos materia-

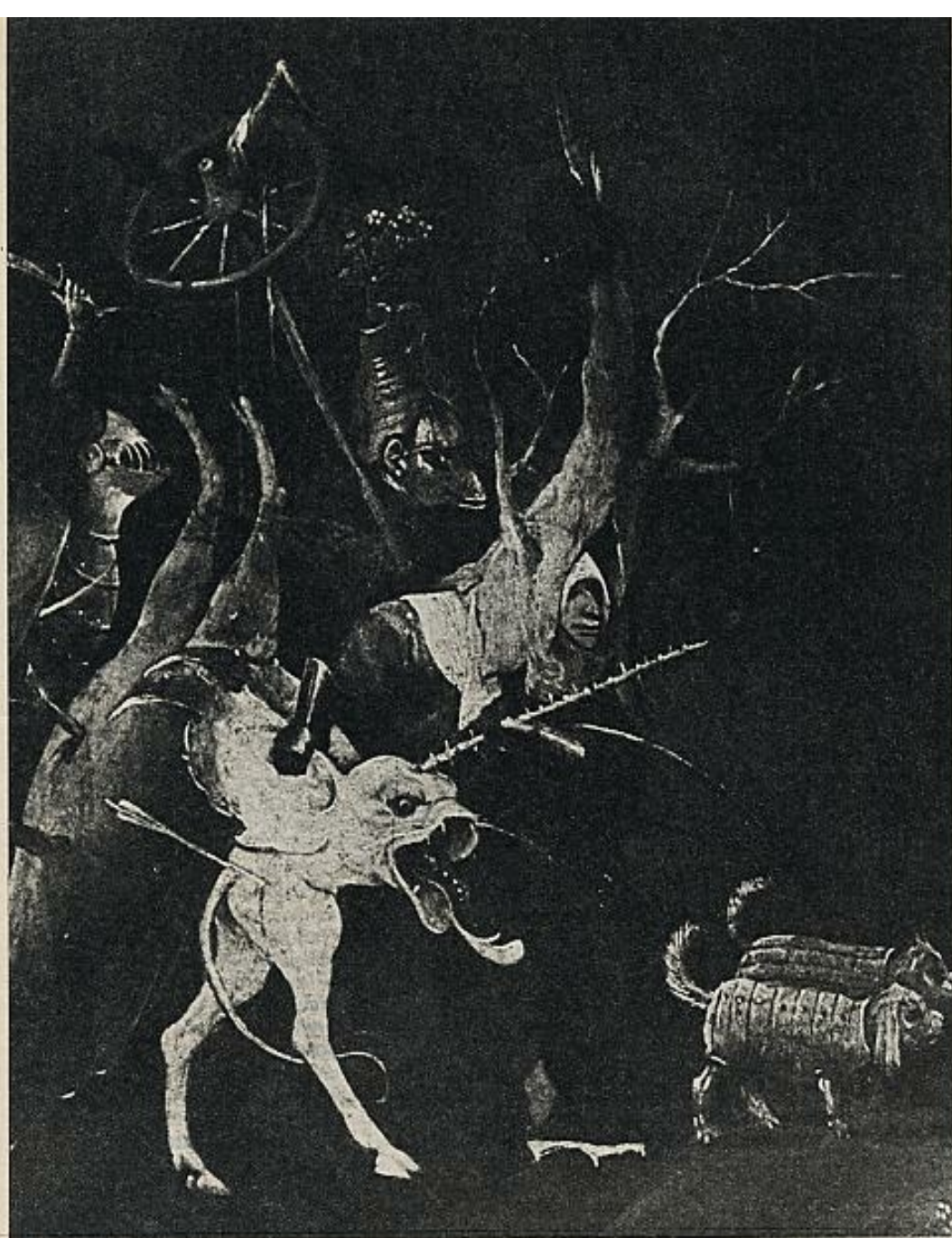
les subconscientes de modo constructivo, liberando la libido en la creación de experiencias realizables en la vida.

Que en el 90 por 100 de los casos el arte moderno sea más neurosis que liberación, no quiere decir que el arte sea neurosis, sino que el 90 por 100 de los que hoy pasan por artistas son más neuróticos que creadores; lo cual es normal, estando como estamos en plena rotura del canon cultural judeo-cristiano, inmersos en la vorágine mental profetizada por El Bosco. Nuestra época materializa el "Jardín de las Delicias": es nigredo, caos, muerte y violencia, pero también visión de jardín futuro. El 90 por 100 de los artistas reflejan hoy el caos cultural, la necesaria rotura de los valores judeo-cristianos, el desconcierto de la psique en un mundo donde todo está otra vez por crear. "No sabemos cómo celebrar —dice Peter Brook—, porque no sabemos qué celebrar".

En este problema de la distinción entre neuróticos y artistas, tiene interés la postura de Carl Gustav Jung. Para Jung explicar la obra de arte sólo por la experiencia personal del artista sería reductivo e inexacto, ya que el arte es, ante todo, transpersonal. El análisis del autor no explica el impacto de la obra en los demás, sino solamente algunas circunstancias personales de la creación.



"La adoración de los Reyes Magos", de Fra Angélico: La inspiración buscada en el ámbito supraconsciente del espíritu cristiano y en las ideas platónicas, reflejando aún el canon medieval.



Detalle de la "Tentación de San Antonio", de El Bosco: Se anuncia ya la estética moderna, la del hombre que busca la inspiración destapando la caverna del subconsciente.

Para Jung como para Freud, el arte es producto de una tendencia subconsciente que posee al artista y lo hace su instrumento, convirtiéndolo en vehículo de la vida psíquica subconsciente. Pero según Jung, y esto se diferencia de Freud, esta posesión del artista por el subconsciente es causada por el subconsciente colectivo de la Humanidad, el cual le lleva a crear obras que se elevan sobre lo personal. Para tener una utilidad social, el arte debe despertar resonancias en numerosos individuos, lo cual se logra, según Jung, activando arquetipos del subconsciente colectivo. Según esta concepción, artista es aquel que habla con imágenes primordiales comprensibles intuitivamente para la

mayoría de los hombres. Cuando el arte no es comprensible colectivamente y se queda a un nivel personal, entonces sí que es solamente expresión de las neurosis del autor, las cuales, salvo en casos excepcionales como Kafka, poco pueden interesar a los demás.

Hoy día, debido a la rotura del canon cultural, los críticos se han quedado sin criterios y los verdaderos artistas son ocultados por una nube de neuróticos que exponen y expresan sus incoherentes personalidades; lo cual, aunque útil para ellos, que se subliman así, es desconcertante y perjudicial para el espectador, a quien tales obras no producen energía emocional, sino que lo dejan vacío y, lo que es peor, le hacen creer que

no está a la altura para comprender la "obra de arte". El arte, fruto de una obsesión personal, es elitista, útil para el autor, pero estéril para la colectividad. Para que el arte desempeñe una función social debe ser transpersonal, captando, resumiendo e intensificando los grandes temas de la sociedad en las condiciones concretas en que vive.

Según la concepción de Jung, la función del arte sería hacer consciente el subconsciente; es decir, dar mitos a la cultura activando en el subconsciente colectivo los arquetipos necesarios a la época y haciéndolos subir a la consciencia para que actúen como ideales motivadores del cambio social. Para realizar esta labor de

regeneración y moldeado de la psique humana, para expandir el nivel de consciencia y percepción en un número cada vez mayor de personas, el artista puede seguir dos caminos de creación: la psicológica y la visionaria. En la psicológica, el artista usa materiales tomados de la vida consciente: experiencias intensas, emociones y sufrimientos, elevándolos a un nivel de intensidad y experiencia poéticas. En la creación visionaria, el artista usa materiales tomados de zonas oscuras de la mente humana, extrañas, sublimes y sobrecogedoras visiones de inefable belleza, o turbios terrores desconocidos. Pero en cualquier caso, para que el arte no sea neurosis, la expresión debe ser transpersonal, colectiva. En el estudio de los contenidos transpersonales y su motivación subconsciente, está la utilísima aportación del psicoanálisis al entendimiento del arte, la cual podría dar el fundamento a una estética moderna: el arte explicado por el subconsciente, en vez de por el supraconsciente como en la estética platónica y cristiana. Para la estética actual, el arte, como el psicoanálisis, es un medio de hacer consciente el subconsciente. Para la estética tradicional, el arte, como la mística, era un medio de hacer consciente el supraconsciente. Hoy la estética plantea arte y neurosis en vez de arte y éxtasis; sublimación y terapia, en lugar de inspiración y catarsis.

¿O acaso no existe tal disyuntiva y el arte verdadero nace del punto misterioso donde subconsciente y supraconsciente se encuentran, cerrando un círculo al otro lado de la mente consciente? Si tal fuente única existe, o si es cierto que "como es arriba, es abajo" según el aforismo alquimista de Hermes Trimegisto, no lo sabemos; ni sabemos cómo se llega allá; pero lo que sí queda claro contemplando al Angélico y al Bosco, es que uno habla de un supraconsciente espiritual, y el otro del subconsciente humano. En esos breves años que separaron al Bosco del Angélico, la personalidad colectiva de Europa se rompió; el espíritu saltó en pedazos ante la irrupción enloquecida del subconsciente. El Bosco anuncia ya la estética moderna, la del hombre que no espera la inspiración del ámbito supraconsciente del espíritu cristiano ni de las ideas platónicas, sino que va a buscarla en el fondo de sí mismo, destapando la caverna subconsciente, de la que irrumpen, como en los cuadros bosquianos, una profusión polimorfa de seres fascinantes, proteicos y terribles. Los seres del mundo moderno. ■